

## LOS MITOS MEDIEVALES EN LA OBRA DE JOHN MANDEVILLE

F. Javier Villalba Ruiz de Toledo -Universidad Autónoma de Madrid  
Feliciano Novoa Portela - Biblioteca Nacional

*“El pasado es un país extranjero:  
allí las cosas se hacen de otra manera”  
L.P. Hartley*

### **ABSTRACT**

*The reading of one of the most disseminated Travel Books during the Low Middle Ages, can help us to understand some aspects of the complex mentality of the medieval man in the Latin West. Indeed, the book ‘The Travels of Sir John Mandeville’, written towards the middle of 14<sup>th</sup> century, puts us on the track of innumerable traditions, myths and beliefs that, guaranteed by the principles imposed by the Catholic Church at that time, serve to construct precise images of the distant and unfathomable space of East. The work of Mandeville, as many other Travel Books of the Middle Ages, becomes a magnificent channel to display to the public in the West what they have not had the occasion to contemplate by themselves.*

### **RESUMEN**

*La lectura de uno de los Libros de Viajes más difundidos durante la Baja Edad Media, puede ayudarnos a comprender algunos aspectos de la compleja mentalidad del hombre medieval del Occidente latino. En efecto, el Libro de las Maravillas del Mundo de John Mandeville, escrito hacia mediados del siglo XIV, nos pone sobre la pista de innumerables tradiciones, mitos y creencias que, avaladas por los principios impuestos por la Iglesia católica de aquel entonces, sirven para construir imágenes precisas del lejano e insondable espacio de Oriente. La obra de Mandeville, como otros muchos Libros de Viaje del período bajomedieval, se convertirá en un magnífico cauce para presentar al público occidental aquello que no tiene ocasión de contemplar por sí mismo.*

### **KEYWORDS**

*Travellers, Middle Ages, John Mandeville, medieval mythology*

### **PALABRAS CLAVE**

*Viajeros, Edad Media, John de Mandeville, Mitología medieval*

Desde el siglo XIII hasta el XV, en Europa se vive la fiebre del descubrimiento y la oportuna sistematización de los nuevos conocimientos. Es en ese marco donde cabría situar el verdadero objetivo de la elaboración del *Libro de las maravillas del mundo* y, desde luego, también su extraordinario éxito y difusión. Éxito que, por otra parte, dependía de la aceptación en primera instancia de ciertas “verdades oficiales” ancladas en la tradición bíblica, la herencia del mundo clásico, y las incorporaciones que podemos considerar como parte de la “tradición medieval”. A fin de cuentas, en todas las ramas del conocimiento que se abren camino en Europa desde el siglo XII en adelante, ocurría algo semejante. Como apunta Estela Pérez Boch, “la mención de las fuentes se convierte en una de las principales

estrategias para dar credibilidad a la obra”<sup>1</sup>. Plinio, San Agustín o San Isidoro son sólo algunos de los argumentos de autoridad utilizados por Mandeville para otorgar autenticidad a sus escritos. A ellos habría que añadir las descripciones de seres monstruosos tomadas del *Speculum Naturale* de Vicente de Beauvais y otras obras de reconocido prestigio como la carta del Preste Juan, la *Leyenda Áurea* de Jacobo de la Vorágine, o la *Historia Hierosolimitanae* de Vitry. En opinión de Eduardo Aznar Vallejo pudiera ser también que se usaran obras como el tratado *De inventione linguarum* de Rabano Mauro, de donde Mandeville pudo tomar los cinco alfabetos que se recogen en la obra<sup>2</sup>.



Fig. 1. John Mandeville escribiendo su Libro de las Maravillas del Mundo. British Library. Londres.

Hay que tener claro que lo importante no es la exactitud del conocimiento, sino la aceptación social del mismo. El grado de influencia en la sociedad de un mito aceptado por

<sup>1</sup> Estela Pérez Bosch. “Libro de las maravillas del Mundo” de Juan de Mandevilla (Valencia, Joan Navarro, 1540), Ed. 2001

<sup>2</sup> Eduardo Aznar Vallejo, *Viajes y descubrimientos en la Edad Media*, Madrid, 1994, p. 84.

todos —incluso aquellos catalogados como sueños colectivos— es semejante a lo que nosotros calificamos como una realidad científica. Así, en la Baja Edad Media, los *mirabilia*, en tanto que ilusiones elaboradas en el terreno de la fantasía pero con alto índice de credibilidad, ejercieron una enorme influencia en la sociedad del momento. Y Oriente será, durante todo ese período, un espacio real en el que dar cobijo a tales ensoñaciones. Los Libros de Viaje serán por tanto el mejor cauce para presentar “lo conocido nunca visto”<sup>3</sup>.

En otro orden de cosas, hemos de señalar que Mandeville se hace eco del convencimiento europeo de que el hombre occidental, al contrario que el oriental, ha nacido para viajar. Ello es debido a la influencia planetaria. Occidente pertenece a un clima influido por la luna, “planeta viajero” que se mueve incesantemente en el firmamento, mientras que Oriente está en el clima sujeto a Saturno, que tarda 30 años en su recorrido celeste<sup>4</sup>.

Mandeville no hace otra cosa que narrar aquello en lo que la sociedad de su tiempo creía firmemente: leyendas y mitos del pasado que, perpetuadas en el tiempo, servían para explicar el presente. Tal es el caso de la creencia en que las tribus de Gog y Magog, expulsadas por Alejandro Magno y recluidas en el Norte de Asia, invadirían el mundo con la llegada del Anticristo. Como tribus malditas quedan adornadas inmediatamente con etiquetas como la crueldad o la antropofagia, lo que permite identificar fácilmente la irrupción en Europa de los pueblos de las estepas euroasiáticas con semejante profecía. Debemos darnos cuenta de que en el siglo XIV, a diferencia de nuestro mundo actual, no existe interés por diferenciar lo real de lo imaginario, pues por aquel entonces “lo sagrado es lo real por excelencia”<sup>5</sup>.

El mundo cristiano en general, y Occidente en particular, interpretan la presencia de los mongoles en su territorio con un sentimiento de temor e ilusión al mismo tiempo, pues no fueron pocos los que pensaron que tal vez podrían lograr de ellos un aliado importante frente al Islam. Tal vez ahí radique el interés que llevó, desde finales del siglo XIII, al envío de misioneros, embajadores y comerciantes desde Occidente para conocer de primera mano e intentar ganar para su órbita a tan importante pueblo. De ese interés por el conocimiento del continente asiático, lugar de origen de los mongoles, surgirán constantes escritos destinados a la descripción de las tierras aún poco conocidas del Próximo Oriente, África, y el conjunto del continente asiático, hasta la lejana China. Como es lógico, la demanda de información de los distintos gremios de comerciantes posibilitó la elaboración de magníficos mapas adaptados a sus necesidades, hacia mediados del siglo XIV.

En este trabajo nos hemos propuesto analizar las diferentes reflexiones, anhelos y certezas que sobre el lejano mundo de Oriente tenía el hombre europeo de la Baja Edad Media a partir de una de las obras más conocidas y reproducidas en aquel entonces. El autor de los viajes de Mandeville era, sin duda ninguna, hombre de notable formación cultural, lo que nos permite asegurar que a través de su obra podemos tener un conocimiento bastante preciso de las creencias, leyendas y fantasías que circulaban por la Europa Occidental durante aquellos años. Podemos observar a través de “los viajes” cómo el hombre medieval, heredero directo de la tradición clásica, encuentra en los lejanos territorios de Oriente el escenario ideal donde materializar buena parte de los mitos y *mirabilia*. No es extraño, por tanto, que a medida que el supuesto viajero se adentra en los enormes espacios desconocidos del continente asiático, relate su encuentro con seres monstruosos y fenómenos extraordinarios de la naturaleza que, por otra parte, eran bien conocidos —y por lo tanto aceptados— por los europeos del siglo XIV a quien iba dirigida

---

<sup>3</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 86.

<sup>5</sup> ELIADE, M. *Initiations, rites, sociétés secrètes*, Paris, 1959

la obra. Pero no sólo encontramos descripciones de rarezas naturales que enlazan directamente con la tradición clásica. Mandeville nos ofrece también elaborados sistemas de gobierno y de organización social, enormemente alejados de los usos habituales en el mundo del que procede, y cuyo significado exige una tarea de reflexión detenida. En ocasiones, el grado de recurrencia a determinados parámetros (desnudez absoluta, promiscuidad...) sugieren una auténtica obsesión difícil de encajar en los preceptos morales de la época.

Pero no es el mundo medieval el que alumbró la idea de Oriente como contenedor de los *mirabilia*. En la Grecia clásica, Ctesias de Cnido escribió un “Tratado sobre la India” en el que definió ese territorio como el contenedor de los más singulares prodigios y maravillas. Oriente, por extensión, se convirtió, ya para siempre, en la tierra de lo exótico y lo “contrario”<sup>6</sup>.



Fig. 2. John de Mandeville a las puertas de Constantinopla. British Library. Londres

<sup>6</sup> F. Javier Gómez Espelosín, *El descubrimiento del mundo. Geografía y viajeros en la antigua Grecia*, Madrid, 2000, pp. 253 y ss.

A pesar del componente fantástico, los viajes de Mandeville son también, en alguna medida, un verdadero tratado de Geografía. Todos los lugares por los que discurre su viaje cuentan con un detallado informe acerca de su clima, orografía, sistemas de cultivo, flora y fauna, así como de su estructura política y social, referencias a la población y, desde luego, notas descriptivas del modelo legal que rige en cada uno de ellos. Aunque eso sí, la literalidad y excesiva dependencia de las obras copiadas, lleva al autor del viaje a repetir descripciones de ciertos lugares sin reparar en las diferencias expresadas entre ambas. Tal es el caso de Ceilán<sup>7</sup>.

La obra de Mandeville, por tanto, nos permite conocer, dentro del mundo simbólico que sirve de eje a su obra, el verdadero alcance de los conocimientos geográficos de la sociedad culta del siglo XIV, antes del redescubrimiento de Ptolomeo. Así, por ejemplo, queda contrastada la intuición de la esfericidad de la Tierra<sup>8</sup>.

El relato histórico, por su parte, aunque también presente en la obra, está completamente sujeto al objetivo prioritario de demostrar cómo la evolución de las sociedades del pasado, e incluso las distintas manifestaciones religiosas y culturales que conviven en el siglo XIV a lo largo y ancho del globo, tienen un destino común de marcado carácter cristiano. De ahí que encontremos continuas referencias a ritos y costumbres de pueblos sin evangelizar que, sin embargo, intuyen de forma natural la presencia de un ser supremo al que rinden culto a través de divinidades menores.

Independientemente del valor que queramos darle a la influencia que sobre los proyectos de Cristóbal Colón tuvo este relato —de quien se dice que manejó *Los viajes* para sus cálculos—, de lo que no cabe duda es de que la obra de Mandeville fue pieza fundamental para que en la Europa cristiana se difundiera, como ya hemos dicho, la idea de la esfericidad de la Tierra, principio manejado desde comienzos del siglo XIII en los ambientes universitarios, pero no admitido de forma general hasta finales del XV, con la elaboración de los primeros “globos”.

La obra tuvo una gran popularidad. De ahí que contemos con más de 300 manuscritos. Como señalaba Ana Pinto hace algunos años, se trataba de “un relato que excita la imaginación y puede actuar como antídoto a la monotonía que a veces supone la realidad cotidiana”<sup>9</sup>. La extraordinaria difusión de la obra de Mandeville, pese a ser siempre considerada como pura fantasía, se debe a ser una fiel compilación del imaginario colectivo en geografía y etnografía de las tierras lejanas de Oriente<sup>10</sup>. Algunos autores, como es el caso de Eduardo Aznar Vallejo, piensan que incluso el nombre del viajero que firma el relato es un préstamo de la literatura de aquel tiempo, en concreto de *Le Roman de Mandeville* (c. 1340)<sup>11</sup>.

La obra de John Mandeville fue escrita en dialecto franco normando o del Norte de Francia hacia 1356<sup>12</sup>, —lo que nos permite situar una parte al menos del viaje real que

<sup>7</sup> Eduardo Aznar Vallejo, *Op. cit.*, p. 84.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 84.

<sup>9</sup> Ana Pinto, “Anotaciones sobre la versión inglesa de ‘Los viajes de Sir John Mandeville’”, *Filología Románica*, 8, Madrid, 1991, pp. 163

<sup>10</sup> Juan Pimentel, *Testigos del mundo. Ciencia, literatura y viajes en la Ilustración*, Madrid, 2003, p. 44

<sup>11</sup> Eduardo Aznar Vallejo, *Op. cit.*, p. 83

<sup>12</sup> Según la tesis ya clásica de Josephine Waters Bennett (*The Rediscovery of Sir John Mandeville*, New York, 1954), primer estudio crítico serio acerca de la figura de John Mandeville, en el que a partir de las evidencias mostradas en el texto, los préstamos literarios y las notables singularidades entre las versiones francesa e inglesa, baraja las distintas posibilidades con respecto a la autoría de *Los viajes*. Es irrelevante, para el análisis que nos ocupa, entrar en las largas disquisiciones que todavía no están resueltas acerca de este particular. Cualquiera que fuera el origen del autor de *Los viajes*, se trata en todo caso de alguien que supo popularizar los grandes mitos sobre el mundo desconocido del Lejano Oriente para el conjunto de los europeos de los últimos años de la Edad Media. Más recientemente, Christiane Deluz ha confirmado la tesis de una redacción primitiva en el año 1356 en Lieja, texto que llegó a Inglaterra alrededor de 1375 y que se

protagonizó entre 1332 y 1356<sup>13</sup> — siendo muy pronto traducida al inglés, al latín y a otras lenguas romances. En la Península Ibérica, por ejemplo, ya hubo una primera copia de la versión francesa a petición de Juan I de Aragón en 1380, de la que luego saldrían las versiones catalana y castellana. En una fecha tan temprana como 1521, se lleva a cabo la primera edición en Valencia y en 1547, en la imprenta de Arnao Guillén de Brocar, se realizará la primera edición castellana. Conviene ser muy precavido a la hora de valorar cada una de las informaciones contenidas en este popular relato, pues la traducción literal del francés produjo en las primeras versiones inglesas algunas modificaciones llamativas: Ana Pinto, por ejemplo, nos indica cómo la palabra “mountaignes” se traduce como “the hill of Aygnes”, aunque el singular “mountaigne” aparezca como “mountayn”<sup>14</sup>.

El éxito y difusión de los *Libros de Viajes*, de entre los que la obra de Mandeville ocupa un lugar sobresaliente, excede con mucho los límites temporales de la Edad Media y, tal y como ocurriera con otro género literario —el de los *Libros de Caballerías*—, también aquí podemos contemplar un final que pasa por la ridiculización como terapia de superación de algunos de los parámetros más ingenuos allí contenidos. Juan Pimentel se refiere a *Los viajes portentosos del Barón de Munchausen* atribuido normalmente a Rudolph Erich Raspe (siglo XVIII) como el equivalente del *Quijote* a la hora de poner en entredicho las historias fantásticas que una y otra vez reprodujeron los viajeros desde el mundo antiguo<sup>15</sup>.

Volviendo a la apreciación general de John Mandeville, hay que admitir que, considerado por muchos como precursor de la narrativa moderna, tiene el acierto de presentar su relato como testigo ocular tratando, además, de no mostrar demasiada extrañeza por las cosas extraordinarias, lo que las convierte, aunque inverosímiles y no creíbles, en más cercanas al lector<sup>16</sup>. Aunque Mandeville se apoyara en escritos de auténticos viajeros, tratados clásicos y textos de la propia Edad Media, es muy probable que hubiera conocido personalmente los principales enclaves un día vinculados al Imperio Bizantino, como la propia ciudad de Constantinopla, Egipto y Tierra Santa. Más difícil resulta admitir un recorrido real por las tierras situadas más al Este, desde Mesopotamia hasta el Extremo Oriente. Es muy probable, como señala Eduardo Aznar, que Mandeville tomara del *Itinerario* de Guillermo de Bondesele la información relativa a los Santos Lugares, y de las obras de Odorico de Pordenone y de Pian Carpino los datos necesarios para la descripción de algunas zonas del continente asiático<sup>17</sup>.

Comencemos pues, tras esta breve aproximación, con el análisis global de los conocimientos, mitos y creencias que Mandeville aborda en su obra, concibiendo para ello un total de tres apartados diferenciados en los que sistematizar sus aportaciones. En primer lugar, nos detendremos en los argumentos de autoridad, tanto en los de corte bíblico o simplemente religioso, como en el bagaje geográfico y las referencias al soporte cultural del mundo clásico, en el que cabe incluir todo tipo de leyendas e historias fantásticas que, sin embargo, gozan de una dimensión didáctica que el hombre de la Edad Media incorpora

---

trajo inmediatamente al anglo-normando, versión que sirvió de modelo a las traducciones continentales subsiguientes. *Le Livre des merveilles du monde*, Paris, 2000. Ana Pinto también se hace eco de que, aunque en la versión inglesa Sir John Mandeville se declara oriundo de St. Albans, muchos estudiosos creen que el verdadero autor de esta obra es Jehan de Bourgogne, un médico de Lieja, señalando que es frecuente en la literatura occidental la búsqueda intencionada del anonimato. Asegura Ana Pinto que la versión inglesa es de alrededor de 1410. “Anotaciones sobre la versión inglesa de ‘Los viajes de Sir John Mandeville’”, *Filología Románica*, 8, Madrid, 1991, pp. 163.

<sup>13</sup> Eduardo Aznar Vallejo, *Op. cit.*, p. 153.

<sup>14</sup> Ana Pinto, *Op. cit.*, pp. 164

<sup>15</sup> Juan Pimentel, *Op. cit.*, p. 37

<sup>16</sup> *Ibid.*, p. 45

<sup>17</sup> Eduardo Aznar Vallejo, *Op. cit.*, pp. 83-84.

decididamente a sus más sólidas tradiciones. En segundo lugar repararemos en la imagen que la sociedad del bajo medievo tiene del espacio de Oriente, donde los seres monstruosos conviven con riquezas inmensas y costumbres diametralmente opuestas a las que encorsetan a la sociedad de Mandeville. Finalmente, nos detendremos en la propagación de nuevos mitos que podemos considerar como plenamente medievales.

## 1. SIMBIOSIS DE FE Y RAZÓN: ARGUMENTOS DE AUTORIDAD RELIGIOSA Y CLÁSICA

Iniciamos este recorrido, como es lógico, con los testimonios bíblicos que servirán de soporte inicial de la credibilidad deseada para el conjunto del relato. Así, las narraciones de los pasajes bíblicos, especialmente las neotestamentarias, se concentran en los primeros capítulos en forma de apoyo al recorrido del autor por Tierra Santa, cuya descripción figura en algunas ediciones como la primera parte de la obra<sup>18</sup>. Hechos excepcionales o milagrosos asociados al Evangelio son también frecuentes, la mayoría de las veces como aseveraciones populares. Tal es el caso de la mano del Apóstol Santo Tomás, que se utiliza en la ciudad de Calamia (Cail) para arbitrar en causas de litigio<sup>19</sup>.

Pero junto al pormenorizado rastreo del Jesús histórico, resulta indispensable otorgar carta de naturaleza a los más importantes episodios del Antiguo Testamento, asumiendo como hechos históricos avalados por la observación directa del narrador, la identificación de las pirámides de Egipto como los graneros de José<sup>20</sup>, o la existencia de restos del Arca de Noé en el Monte Ararat, cuya observación directa —como ocurre con otros objetos simbólico-religiosos— sólo está al alcance de individuos adornados de una moralidad intachable:

“Desde Artirón, se llega a una montaña llamada Sabisacolle, cercana a otro monte, el Ararat (...) Allí se detuvo Noé después del Diluvio. El Arca sigue varada encima de la montaña y puede verse en días claros. (...) nadie ha subido, salvo un monje ayudado por la gracia divina; éste trajo una tabla que puede verse en una iglesia situada al pie del monte”<sup>21</sup>.

---

<sup>18</sup> Nosotros hemos utilizado para las citas del texto la edición de Marie-José Lemarchand, Madrid, 2002, en la que la información relativa a las descripciones de Tierra Santa se extiende entre los capítulos IX y XVII.

<sup>19</sup> “... la de Calamia, donde en un precioso sepulcro yace en carne y hueso el cuerpo del Apóstol Santo Tomás, que allí sufrió el martirio. (...) Una mano queda fuera del relicario y la gente del país requiere la ayuda de esa mano para dilucidar quién lleva la razón en un juicio”. Cap. XXI, p. 192. Conviene señalar que en la *Leyenda Áurea* de Jacobo de la Vorágine (siglo XIII) aparece por primera vez la leyenda de Santo Tomás como evangelizador de la India.

<sup>20</sup> “Más allá de Babilonia y del río Nilo, hacia el desierto que separa Egipto de África, se hallan los graneros que José mandó construir para guardar el trigo, en previsión de los años de carestía. Son de piedra y muy bien labrados, dos de ellos de una altura asombrosa, los otros dos no tanto” Cap. VIII, p. 120. La dependencia de las Sagradas Escrituras lleva a Mandeville a no admitir otra finalidad para las pirámides egipcias que la de contenedoras de grano, tal y como expresa el *Génesis* (41, 47-57).

<sup>21</sup> Cap. XVIII, p. 178.

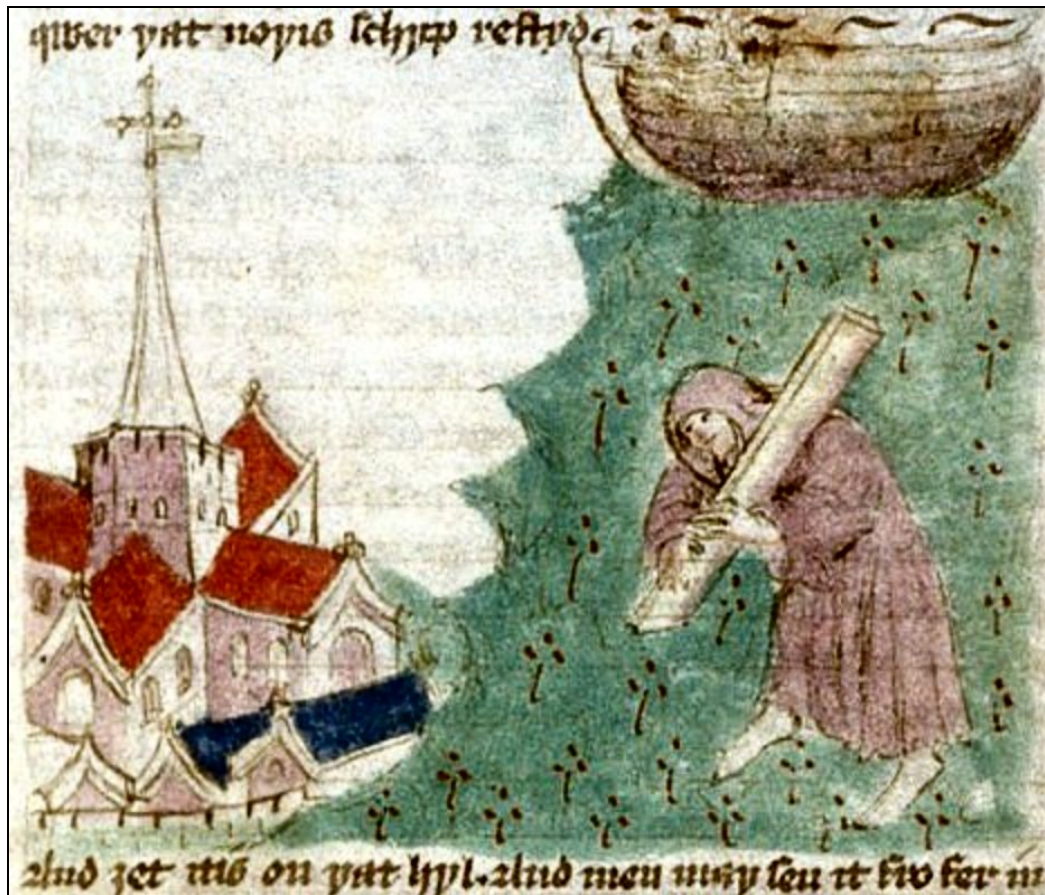


Fig. 3. Representación del monje que logra obtener una astilla del Arca de Noé del Monte Ararat. Londres. British Library-Harley 3954, fol. 29 r.

Aún dentro de las referencias bíblicas, en este caso destinadas a la explicación de realidades existentes en el tiempo que se escribe el relato, resulta llamativa la forma de imprimir legitimidad al dominio mongol, como muestra del impacto social ocasionado por su presencia en el mundo mediterráneo y la Europa oriental. A tal fin, se relatan los supuestos orígenes bíblicos de la familia de los khanes, con especial mención al Libro del Génesis<sup>22</sup>, y se hacen comentarios referidos al reino bíblico de Tarsis<sup>23</sup> en el occidente de Asia, junto al Turquestán, y de los reinos de Corasmia<sup>24</sup> y Cumania, describiendo así los territorios rusos de la Europa del Este, pertenecientes también a los mongoles de la Horda de Oro.

<sup>22</sup> “Habéis de saber que durante el Diluvio el mundo entero y todos sus habitantes desaparecieron anegados bajo las aguas, salvo Noé, su mujer y sus tres hijos, Sem, Cam y Jafet (...) Los tres hermanos se apoderaron del mundo. Cam, con una avaricia cruenta, cogió la parte oriental, es decir, Asia (...) Sem tomó África, y Jafet, Europa. (...) De la generación de Cam vinieron los pueblos paganos y las extrañas gentes que habitan la India y las islas de Ultramar. Como era el más poderoso se hacía llamar Hijo de Dios y Soberano del Mundo, y por este Cam, todos los emperadores se hicieron llamar así desde el Gran Khan. De la generación de Sem vinieron los moros y de la de Jafet, el pueblo de Israel y nosotros, los que vivimos en Europa”. Cap. XXV, pp. 218-219.

<sup>23</sup> Reino bíblico que durante mucho tiempo era sinónimo de inmensas riquezas. Así lo encontramos, por ejemplo, en *El Caballero del León*, de Chrétien de Troyes. Mandeville le dedica el capítulo XXVIII: “*Del reino de Tarsis y de las regiones septentrionales que están abajo del orbe*” pp. 236-237.

<sup>24</sup> Alejandro Magno llegó a negociar realmente con el rey de Corasmia (o Jorasmia), quien mantuvo su independencia. Conocemos la existencia de este pueblo desde el siglo V a.C por medio de los escritos de Herodoto.



Pero las menciones religiosas exceden ampliamente la confirmación de la historicidad bíblica o el engarce de las realidades contemporáneas con los textos sagrados. Son abundantes también los relatos que tratan de explicar fenómenos naturales o extraordinarios por medio de milagros atribuidos a la divinidad. En ese contexto habría que situar acontecimientos como la llegada regular de miles de peces a las orillas de la isla de Calanoc una vez al año. Mandeville atribuye el prodigio a los deseos de Dios por recompensar a un rey que cumple escrupulosamente el precepto de “creced y multiplicaos”<sup>25</sup>. Igualmente se observa la mano de la divinidad cuando se describen las peculiaridades de ciertos territorios como el antiguo Imperio persa, Armenia, el reino de Media (¿Kurdistán?) o el de Georgia. Este último posee, según el relato de Mandeville, una provincia que siempre está en tinieblas como consecuencia del castigo que Dios impuso a un remoto emperador persa durante la persecución llevada a cabo contra los cristianos:

“Dicen (...) que esas tinieblas sobrevinieron por un milagro divino, porque cierto emperador de Persia, llamado Saurés, cabalgaba con sus huestes y banderas, persiguiendo a los cristianos para aniquilarlos u obligarlos a hacer sacrificios a sus ídolos. Por lo cual, muchos cristianos que allí vivían abandonaron sus casas y bienes para huir hacia Grecia. Llegaron a la llanura de Megón y allí el emperador les cerró el paso del valle con su ejército, con el propósito de exterminarlos. Al verlos, los cristianos cayeron de rodillas para pedir a Dios que los salvara. Al pronto sobrevino una espesa nube que envolvió a las huestes imperiales (...) Allí permanecieron envueltas en tinieblas de las que jamás lograron salir”<sup>26</sup>.

En otros muchos fragmentos, los hechos extraordinarios no encuentran una explicación directa por medio de la intervención del Dios de los cristianos a modo de premio o castigo, aunque no se pone en duda su voluntad en el desarrollo de los mismos. Se trata, en definitiva, de subrayar la presencia e intervención constante del “verdadero Dios” en todos los rincones de la Tierra. Como ejemplos de lo que ahora señalamos, podemos hablar del inhóspito territorio de Silha, donde, al margen de los innumerables seres extraordinarios con que puede toparse el viajero, el mar se encuentra elevado a tal altura que parece colgar de las nubes<sup>27</sup>. Otros ejemplos de fenómenos geográficos extraordinarios podrían ser los que hacen referencia a ciertos dominios del Preste Juan, en donde, por ejemplo, lo que algunos creen que es un gran bosque y un prado de largas hierbas flotantes, son en realidad amasijos de hierro de los barcos que se aventuraron por allí y que fueron atrapados por la piedra imán. Cabe señalar también la llamada “Mar Arenosa”, un océano con oleaje pero sin una gota de agua, donde sólo hay arena, aunque con peces en sus orillas. Citaremos así mismo el río que viene del Paraíso Terrenal, y que aunque tampoco lleva agua, fluye cargado de piedras preciosas. Sólo discurre entre sus orillas tres días a la semana, mientras el resto está en calma y puede vadearse. Por último haremos mención de la llanura en la que todas las mañanas crecen unos arbolillos con frutos encantados que desde el mediodía hasta el crepúsculo, se hunden de nuevo en el suelo<sup>28</sup>.

<sup>25</sup> La leyenda de los peces que llegan a la orilla está tomada del *Viaje de San Brandán*. Por otra parte, parece claro el simbolismo cristiano de los peces y su multiplicación. Cap. XXIII, p. 204.

<sup>26</sup> Cap. XXIX, p. 238-239.

<sup>27</sup> Se trata de Ceilán (Sri Lanka). “En Silha, y en las demás islas de alrededor, se ven unos ansares salvajes con dos cabezas y, más extraordinario aún, unos leones que son azules y tan grandes como bueyes, así como muchas clases de fieras y pájaros que no se encuentran en nuestros países. Habéis de saber que allí la mar es tan alta que parece colgar de las nubes, presta a inundar la tierra”. Cap. XXIII, pp. 206-207.

<sup>28</sup> Cap. XXXI, pp. 244-245.



Fig. 4. Río de arena cargado de peces. París. BNF Ms. fr. 2810, fol. 213r.

Tan variados como las maravillas que tienen que ver con los accidentes o peculiaridades del terreno, son las descripciones de animales fantásticos, como los pájaros parlantes, siendo, según la opinión de Mandeville, los que tienen cinco dedos en sus patas los que mejor hablan<sup>29</sup>. En otros casos, debido al desconocimiento acerca de los mismos, se nos describen animales comunes como las jirafas o los camaleones con toda la admiración que provoca el descubrimiento de cualquier especie animal:

“Allí se ven unos animales que llaman jirafas. En Arabia los llaman gerifaltes. Es un animal con rayas que no llega a ser tan grande como un destbrero pero tiene un cuello de veinte codos por lo menos, la grupa y la cabeza como la de una cierva. Con tan largo cuello, alcanza a ver por encima de una alta torre. También hay unas bestias llamadas camaleones: son unas bestezuelas parecidas a los cabritos de monte, que siempre tienen el morro abierto, porque nunca comen ni beben y sólo se alimentan de aire. Mudan a menudo el color y tan pronto se les ve de un color como de otro...”<sup>30</sup>.

Por último cabría hacer referencia a la mención de los prodigios que pueden observarse en la región de Caldilhe, en Cathay, donde Mandeville describe un fruto que asemeja a una calabaza, que cuando se abre por la mitad, contiene, además de la pulpa, “una bestezuela de carne, hueso y sangre, que se parece a un corderito sin lana”. Al autor le recuerda a ciertos frutos de su país (¿?) que cuando caen al suelo “se tornan pájaros voladores de un sabor exquisito”<sup>31</sup>.

<sup>29</sup> “Algunos de esos pájaros hablan bien, como corresponde a su naturaleza, y saludan a la gente en el desierto con una voz muy clara, como lo haría una persona. Normalmente los que hablan bien tienen cinco dedos en cada pata. Los que sólo tienen tres dedos hablan muy poco y lo suyo son roncós gritos”. Ibid. p. 246.

<sup>30</sup> Cap. XXXII, p. 253-254.

<sup>31</sup> Cap. XXX, p. 241.



Fig. 5. *La Tierra de Feminia*. París. BNF Ms. fr. 2810, fol. 181.

Pero como señalábamos más arriba, una buena forma de dotar a la obra de autenticidad o, cuando menos, de credibilidad, consistía en incorporar abundantes referencias al mundo clásico. En ese terreno, y aunque habitualmente por medio de mitos y leyendas, el relato de Mandeville contiene inconfundibles informes que sirven para poner de manifiesto la dependencia cultural de la que se enorgullece el hombre de la Baja Edad Media. Así, por ejemplo, contamos con alusiones al mito del Ave Fénix<sup>32</sup>, con la descripción detallada de la comunidad de Feminia<sup>33</sup>, con el formidable relato de los esciopodas<sup>34</sup>, o con la pervivencia de la supuesta hija de Hipócrates en la isla de Lango, metamorfoseada por la diosa Diana con un hechizo que no se romperá hasta que un caballero la bese en la boca<sup>35</sup>.

<sup>32</sup> Estamos, sin duda, ante un claro ejemplo de cristianización de un mito clásico (Plinio, *Historia Natural*, X,2). Cap. VIII, p.

<sup>33</sup> “Más allá de Caldea está Amazonia, es decir, la Tierra de Feminia, un reino donde sólo viven mujeres (...) La Tierra de Feminia tiene una reina que gobierna el país con sabiduría. Eligen a su reina siempre por votación y suelen elegir la más valiente con las armas”. Cap. XIX, pp. 181-182.

<sup>34</sup> “En Etiopía, que llaman Cusis (*Deformación del nombre bíblico de Qush*), hay varias clases de gentes muy distintas y extrañas. Así, existen hombres que sólo tienen un pie y sin embargo es una maravilla ver cómo corren tan deprisa; además, su pie es tan ancho que cuando se echan hacia atrás, sujetándose la pierna para taparse del sol, la sombra del pie les llega a cubrir todo el cuerpo, como si fuera una sombrilla”. Cap. XIX, p. 183. En Plinio encontramos ya noticias de los *esciopodas*, unos hombres con un solo pie que, por otra parte, es la figura “monstruosa” más representada a lo largo del tiempo.

<sup>35</sup> Cap. V, pp. 104-106. Variante del mito de la reina Sibila (mujer-sirena-dragón-serpiente) que obliga a su amante a llevar a cabo un rito para poder verla o tocarla y que, caso de no cumplirse, la mantendría con aspecto de dragón o serpiente.



Fig. 6. Representación de los esciopodas. Londres. British Library-Harley 3954, fol. 31 r.

Junto a los argumentos de autoridad del mundo clásico, Mandeville describe con relativo detalle el estado de los conocimientos geográficos de la época, incidiendo, en no pocas ocasiones, en la certeza de la esfericidad de la Tierra. Nos cuenta, por ejemplo, cómo a partir de precisas mediciones con el astrolabio es posible afirmar tal cosa, constatando que mientras en el hemisferio Norte se utiliza la estrella “Tramontana” para situar el Norte, en el Sur se utiliza la estrella “Antártica” para situar el Sur. Sin embargo, y al objeto de no separarse de las ideas oficiales propagadas por la Iglesia, mantiene que en ese mundo esférico Jerusalén está en el centro, pues al mediodía del equinoccio, una lanza clavada en el suelo no da sombra<sup>36</sup>. A pesar de esta afirmación, reconoce el autor que sería posible circunnavegar el globo y volver así al punto de partida desde las tierras lejanas de Oriente, pero que, debido a la dificultad de tal cosa, es preferible hacer el viaje de regreso por otras islas que pertenecen al reino del Preste Juan<sup>37</sup>.

Otro ejemplo de la dependencia obligada de las “verdades oficiales”, referidas a los conocimientos geográficos, podemos apreciarlo en el reconocimiento de ciertas afirmaciones de la tradición clásica y de las aseveraciones de los teólogos. De ahí que todavía se recoja el punto de vista de Ptolomeo de la supuesta división de la Tierra en siete

<sup>36</sup> “Ya habréis oído decir que Jerusalem se halla en el centro del mundo. Esto se puede demostrar y yo lo he probado: si se hinca en tierra una lanza a la hora del Mediodía, en el equinoccio, como el sol está justo en la mitad del cielo, está encima de la lanza y no hace sombra hacia ninguna parte”. Cap. XXII, pp. 197-198.

<sup>37</sup> “Todas estas islas de las que os acabo de hablar y que forman parte de la tierra del Preste Juan están situadas, respecto a nuestros países, hacia la parte baja de la Tierra. Quien quisiera podría hacer el tornaviaje volviendo derecho al país de donde saliese y dar así la vuelta al mundo. Pero por lo difícil que resulta navegar entre tantas islas en medio de las Mares Océanas, así como avituallarse en el mar, poca gente intenta esta circunnavegación...”. Cap. XXXV, p. 263.

climas<sup>38</sup>. Igualmente, y aunque reconociendo no haberlo visto, Mandeville nos habla del Paraíso Terrenal, situado en el lugar más alto del mundo, rodeado por una muralla, y del que parten los cuatro ríos: Ganges, Nilo, Tigris y Eúfrates.



Fig. 7. *Los cuatro ríos del Paraíso Terrenal*. París. BNF Ms. fr. 2810, fol. 222r.

## 2. LA PRODIGIOSA IMAGEN DEL ORIENTE

Tal vez, lo más llamativo de la obra de Mandeville, y la razón del éxito y difusión que alcanza su obra, tiene que ver con la imagen que se propaga del vasto territorio de Oriente. En él tienen cabida los más fabulosos seres y monstruos de todo tipo y las más extravagantes costumbres que podamos imaginar. Junto a ello, y como no podía ser menos, las abundantes riquezas vienen a marcar la cotidianeidad de numerosos pueblos.

Comenzando por los seres monstruosos, Mandeville sitúa en la isla de Dondía un amplio elenco de casos, tomados la mayor parte de ellos de la tradición clásica<sup>39</sup>. Podríamos citar al respecto a los cíclopes que se alimentan de carne y pescado crudo, a las criaturas que tienen la cara en el pecho, a las que tienen los ojos y la boca en la espalda, a los que poseen la cara plana sin nariz ni ojos, sólo con dos agujeros y una raja, a los que tienen tan grande el labio inferior que pueden taparse toda la cara con él, a los enanos con un agujero en lugar de boca y sin lengua y que por lo tanto hablan por signos, los que están dotados de enormes orejas que les cuelgan hasta las rodillas, los hermafroditas con un solo

<sup>38</sup> “Resulta que la superficie terrestre está dividida en siete partes, por los siete planetas, y a esas partes se les llama climas. Ahora bien, nuestras regiones no forman parte de estos siete climas, porque debido a la rotundidad de la Tierra bajan hacia Occidente, mientras que en nuestras antípodas están las islas de la India, y alrededor del mundo se extienden los siete climas”. Cap. XXII, p. 200.

<sup>39</sup> Incluso el término “monstruoso” aplicado a los mismos fue utilizado también por Marco Polo y por Vincent de Beauvais en su *Speculum Historiale* (s. XIII), aunque en todo caso, todos ellos beben de Plinio, *Historia Natural*, VI, 17-30 y VII, 2.

pecho en un lado y órganos masculinos y femeninos, los que andan de rodillas y tienen seis brazos y seis manos con seis dedos, o los que, finalmente, tienen cuatro ojos en la frente<sup>40</sup>.



Fig. 8. Representación de seres con la cabeza en el pecho. París. BNF Ms. fr. 2810, fol. 194v.

costumbre que esa sí es malísima: comen con más gusto la carne humana que cualquier otra carne. (...) Dicen que es la mejor carne y la más dulce del mundo<sup>45</sup>. De la misma manera, en islas como Caffa, Malaca o Tracordia, la característica fundamental de sus habitantes es su inclinación al mal, al asesinato y al canibalismo<sup>46</sup>.

En otros lugares, como es el caso de Nacameran<sup>41</sup>, los hombres y las mujeres tienen cabeza de perro (cinocéfalos)<sup>42</sup>. Mandeville nos cuenta que cuando matan a un enemigo en la batalla, lo devoran inmediatamente<sup>43</sup>. Pero en ocasiones, la rareza o circunstancia extraordinaria consignada por el autor consiste simplemente en la excesiva fealdad de algunos seres humanos. Así, en el reino de Caldea, Mandeville aprecia que los hombres son hermosos, pero las mujeres, en cambio, son feísimas, hasta el punto de que “me tendrían que haber dado todos sus bienes para que yo las quisiese besar, y aún así...”<sup>44</sup>. En otros casos, la monstruosidad tiene más que ver con las actitudes que con el aspecto externo. Tal es el caso de lo que, según el autor, ocurre con las gentes de Lamory, que aunque disfrutan de una comunidad en la que nadie tiene propiedades personales y todo lo comparten, el aspecto negativo es que comen carne humana, sobre todo niños a los que ceban “tienen una

<sup>40</sup> Cap. XXIV, pp. 208-210.

<sup>41</sup> Actuales islas de Nicobar, al sudeste de la India (C. Deluz)

<sup>42</sup> Mito procedente también de la antigüedad (Plinio, VI, 17-30)

<sup>43</sup> “Sus habitantes, hombres y mujeres, tienen todos cabeza de perro (...) Son gentes dotadas de razón e inteligencia (...) Cuando derrotan a un enemigo en la batalla y lo apresan, al pronto se lo comen”. Cap. XXIII, p. 205.

<sup>44</sup> Cap. XIX, p. 181.

<sup>45</sup> Cap. XXII, p. 195.

<sup>46</sup> Cap. XXIII, pp. 204-206.



Fig. 9. Cinocéfalos luchando contra caballeros. Londres. British Library-Harley 3954, fol. 41 r.

Además de los monstruos humanoides, desfilan por las páginas del *Libro de las maravillas* los animales fantásticos, como los de Silha, donde todo es bastante inhóspito y hay seres extraordinarios, como ánsares de dos cabezas y leones enormes de color azul<sup>47</sup>, o los de la región de Bactriana, donde hay hipopótamos —mitad caballo, mitad hombre— que se comen a la gente y muchos grifos, mezcla de águila y león<sup>48</sup>.

Las tierras lejanas de Oriente son para muchos occidentales el lugar ideal donde situar modelos de comportamiento radicalmente proscritos en los cánones de conducta impuestos por la sociedad de su tiempo. La imaginación de Mandeville se desborda al mostrarnos diferentes costumbres, comportamientos y formas de organización social en las que es fácil adivinar los efectos lascivos del exceso de puritanismo de la Europa católica. Constantemente se repiten por las páginas del *Libro de las maravillas* escenas en las que poblaciones enteras se muestran permanentemente desnudas al tiempo que consideran el sexo como una obligación impuesta por la divinidad. Con la tendencia a la generalización propia del autor en la mayoría de los pasajes de su obra, llega a afirmarse que en la India y Etiopía todo el mundo va desnudo<sup>49</sup>. Pero existen descripciones mucho más detalladas, como es el caso de Lamory, donde se dice que hay una isla en la que hombres y mujeres van desnudos y no se casan nunca. Las mujeres piensan que no aceptar el amor de los hombres sería pecado, pues Dios dijo: “creced y multiplicaos”. Así, todos yacen con todas, al tiempo que las propiedades se consideran comunitarias, no siendo necesarias “ni cercas

<sup>47</sup> Ibid. p. 207.

<sup>48</sup> Cap. XXX, p. 243.

<sup>49</sup> “En la India, como en Etiopía y otros muchos países, la gente se pasa el día desnuda, tumbada a orillas del agua, hombres y mujeres juntos, desde la hora tercia hasta la hora nona, cuando se pone el sol”. Cap. XX, p. 187.

ni barreras”<sup>50</sup>. Abundando en las referencias a la concupiscencia generalizada de Oriente, se nos relata que en la isla de Calanoc, el rey toma cada noche a una hermosa doncella, de tal suerte que nunca hace el amor dos veces con una misma mujer. Como resultado de ello sus descendientes se cuentan por centenares<sup>51</sup>. Un caso similar lo encontramos en los territorios que se atraviesan en el camino de vuelta a las tierras del Gran Khan, itinerario que recorre un país en el que hay una especie de gran señor que holgazanea toda su vida y recibe tributos de sus vasallos. Dispone de 50 doncellas vírgenes con las que hace lo que quiere. “Así transcurren todos los días de su vida (...) sin el mínimo esfuerzo, sin lucha ni proeza, como un cerdo al que ceban”<sup>52</sup>.

Muy relacionado con estos comportamientos radicalmente ajenos a la moral practicada en la cristiandad occidental, se nos habla así mismo de unas costumbres con respecto al adulterio en las que la mujer es abusivamente discriminada. No parece, sin embargo, que al autor le llame excesivamente la atención la desproporción de las penas impuestas a la mujer adúltera frente al hombre que comete el mismo “delito”. Tal vez la inercia de la sociedad medieval en este terreno no deje cabida al asombro. Mandeville nos describe, por ejemplo, cómo en la tierra de Lombra, las viudas han de enterrarse con sus maridos, a menos que tengan hijos que criar. En ese caso eligen su destino, aunque si optan por vivir, serán siempre consideradas falsas e infieles. Con los viudos no ocurre lo mismo. Pueden volver a casarse y siguen estando bien considerados<sup>53</sup>.

Como caso curioso, citaremos la situación descrita respecto a las costumbres de los tártaros de Cathay, entre los que todos los hombres y mujeres se aparean con quien quieren y, al mismo tiempo, ser sorprendido fornicando con alguien distinto a la pareja, conlleva de forma automática la pena de muerte<sup>54</sup>.

Pero seguramente lo que llama más poderosamente la atención de Mandeville en su imagen real o imaginaria de Oriente, es la riqueza que se derrocha por todas partes. Son abundantes las veces que imagina y describe palacios de príncipes contruidos de oro, plata y piedras preciosas, cual es el caso del palacio del rey de Java, en una tierra que, por lo demás, resulta especialmente fértil para las especias<sup>55</sup>. Semejante a este nivel de abundancia encontraríamos, mucho más hacia Oriente, al llegar al reino de Mancy, que hay más de mil ciudades de tallas sorprendentes, en ninguna de las cuales puede verse ningún signo de pobreza<sup>56</sup>. Ahora bien, entre todas las ciudades descritas por su lujo desenfrenado, la ciudad de Susa, residencia del Preste Juan, ocupa el primer puesto:

“El emperador reside habitualmente en la ciudad de Susa, donde se halla su palacio principal, de tal magnificencia que, de no haberlo visto, nadie podría imaginarlo. Encima de la torre principal hay dos pomos de oro descomunales que llevan cada uno dos carbúnculos destellantes, que por la noche brillan de mil fuegos. Las puertas principales están labradas en una piedra preciosa llamada sardónice, y de marfil son los cantos y goznes. Las ventanas de las cámaras y aposentos son de cristal de roca y esmeralda. De

---

<sup>50</sup> Cap. XXII, p. 195.

<sup>51</sup> “Cada vez que le apetece, el rey de aquella isla manda que le traigan las mujeres más hermosas del país y de todas las islas cercanas. Así, una noche toma una, la noche siguiente otra, y así sucesivamente, por lo que tiene miles de amantes, tantas como noches, porque a no ser que a cada mujer la desee más que a las otras, hace el amor con una mujer sólo una vez. Con esas mujeres el rey tiene hijos sin contar, porque llega a engendrar a veces cien, o doscientos, o más”. Cap. XXIII, p. 203.

<sup>52</sup> Cap. XXXV, p. 264-265.

<sup>53</sup> Cap. XX, p. 191.

<sup>54</sup> “Las mujeres no tienen que vivir al lado de su marido: cada uno vive por su lado y hace el amor con quien quiera (...) Si sorprende a un hombre cometiendo adulterio o a una mujer fornicando, los matan de la misma manera que matan a quienes roban”. Cap. XXVII, pp. 232-233.

<sup>55</sup> Cap. XXIII, pp. 201-203.

<sup>56</sup> Cap. XXIV, pp. 209-210.



amatista y oro puro, las mesas, y no sólo las tablas donde se come, sino las patas que sostienen esas mesas...<sup>57</sup>.

Pero todas esas riquezas pueden encontrarse incluso en los accidentes naturales, como es el caso de las montañas de oro guardadas por hormigas gigantes en la isla de Taprobana<sup>58</sup>, o las cercanas islas de Crisos y Argiros, cuya materia prima es el oro y la plata respectivamente<sup>59</sup>.

Con semejante derroche de materiales, las descripciones de las fiestas y comitivas oficiales han de ir parejas en abundancia. Por ello, cuando Mandeville describe las fiestas y comitivas oficiales del Gran Khan, hace hincapié en las enormes riquezas y la veneración de todos por el emperador, al que se le considera hijo de Dios<sup>60</sup>.

Como colofón a las fantasías que se fabrican en Occidente sobre hábitos y costumbres de lugares remotos, cabe señalar algunas de las más delirantes: se nos cuenta, por ejemplo, que en la isla de Dondía, al sur de Ceilán, cuando alguien enferma, consultan a un ídolo si debe vivir o morir. Caso de que haya de morir, las familias le ahogan y le cortan a pedazos con los que hacen un banquete para los amigos. Así le evitan el dolor de que se lo coman los gusanos al enterrarlo<sup>61</sup>. Otro tanto se relata con respecto al lugar de Ryboth (Tíbet), en donde tienen la costumbre de decapitar a los muertos, echar su cuerpo a los buitres (que creen que son los ángeles del Señor) y beber en el cráneo del difunto<sup>62</sup>. Pero tal vez el pueblo al que se atribuyen más extravagancias sea, de manera genérica, a los mongoles, para quienes la mayor falta que puede cometerse es la de orinar dentro de la casa, lo que acarrea la pena de muerte inmediata<sup>63</sup>.

### 3. LA MITOLOGÍA MEDIEVAL

Al margen de las visiones más o menos asimiladas del mundo antiguo que acabamos de repasar, incluidas las referencias bíblicas, la sociedad medieval va generando sus propios mitos y leyendas que se adaptan a los esquemas mentales compartidos por la mayoría de sus miembros. Mitos y leyendas que, en todo caso, encuentran mejor acomodo en el desconocido Oriente que en el propio entorno occidental. Pues bien, ese mundo Oriental, de forma genérica, está articulado en torno a los cuatro ríos que salen del Paraíso Terrenal, del que arrancan manantiales curativos<sup>64</sup> y otros prodigios de diversa naturaleza. En el espacio de Oriente, tal vez el mito medieval más importante sea el que se construye en torno a la figura del Preste Juan y de su reino cristiano en el que se dan cita infinidad de *mirabilia*<sup>65</sup>. Mandeville sitúa este importante referente a muchos días de camino desde

---

<sup>57</sup> Cap. XXXI, pp. 246-247.

<sup>58</sup> Cap. XXXIV, p. 260.

<sup>59</sup> Ibidem. Estas islas aparecen en el *Tesoro* de Brunetto Latini (s. XIII) y forman parte de la simbología de los reyes constructores de ciudades edificadas sobre minas de oro y plata. En la Península Ibérica tenemos un caso semejante con la Tartessos del rey Argantonio.

<sup>60</sup> Cap. XXVI, pp. 223-225.

<sup>61</sup> Cap. XXIV, p. 207.

<sup>62</sup> Cap. XXXV, p. 264.

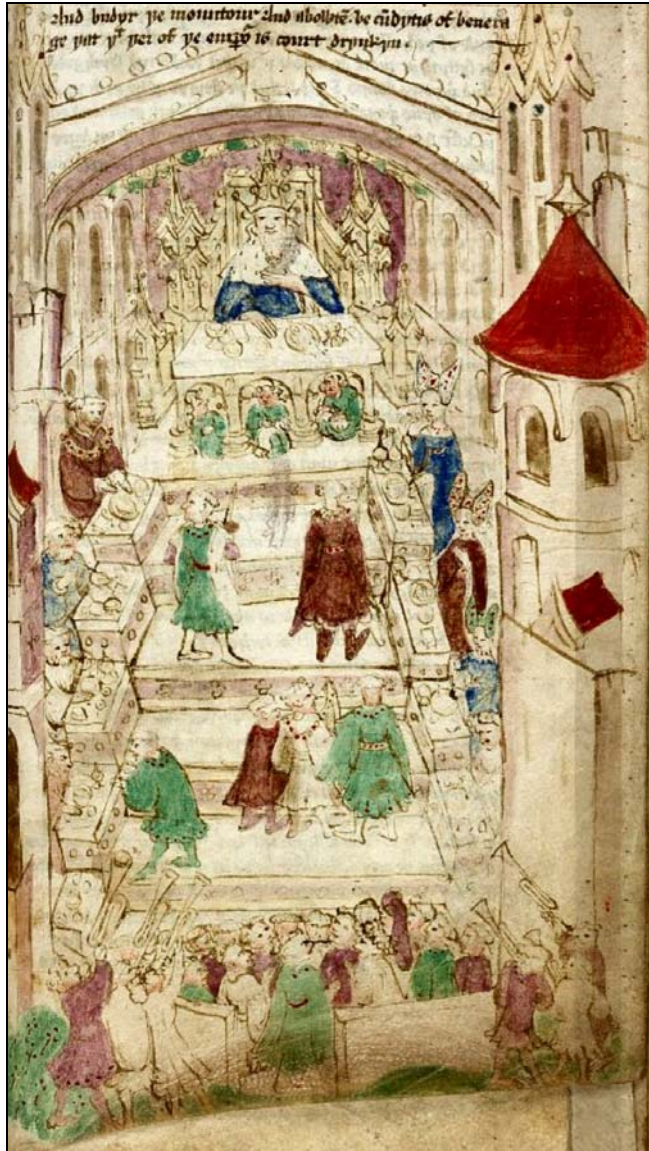
<sup>63</sup> “Ahora bien, la mayor prohibición o pecado consiste en mearse dentro de la casa: a quien mease dentro del espacio doméstico lo castigarán de inmediato con la muerte”. Cap. XXVII, p. 233.

<sup>64</sup> Tal es el caso del que brota en la falda de la montaña de Polumbe, en la costa malabar. Cap. XX, p. 190.

<sup>65</sup> Hallamos una completa descripción de todas las maravillas del reino del Preste Juan en el cap. XXI que lleva por título: “Del Preste Juan y de cómo para seducir a los asesinos un hombre rico hizo un castillo a modo de Paraíso”.

Bactriana, en la denominada isla de Pentersona. Adorna así mismo al personaje con el título de gran emperador de la India<sup>66</sup>.

Pero además del mito del Preste Juan, Mandeville recoge una enorme cantidad de leyendas de factura netamente medieval, entre las que podemos entresacar las siguientes, atendiendo a su peculiar naturaleza.



*Fig. 10. En la obra de Mandeville son constantes las referencias al lujo de las cortes de los reyes de Oriente. Aquí podemos ver una escena de un banquete real en donde se refleja claramente el rígido protocolo representado por un sistema escalonado de mesas para los comensales. Londres. British Library-Harley 3954, fol. 41 r.*

Comenzamos a adentrarnos en ese mundo legendario con la recreación de los mitos en los que el pueblo judío se presenta como el paradigma del mal y del odio hacia los cristianos, destacándose la intervención divina en favor de estos últimos. En ese terreno, la fábula más representativa es, sin duda ninguna, la referida a las doce tribus de los “judíos llamados Gog y Magog” apresadas por Alejandro Magno en “los montes Caspios”. Cuenta Mandeville que Dios ayudó a Alejandro en el encierro de los judíos moviendo las montañas y cerrando así un territorio que limita por el otro lado con el Mar Caspio. Linda esta tierra con la Amazonia, a cuya reina han de pagar tributo. Existía la creencia de que con la llegada del Anticristo, los judíos encerrados abandonarían su reclusión y, con ayuda de otros hermanos de sangre, dominarían a los cristianos<sup>67</sup>. Muy relacionado con esta leyenda, el autor sitúa en la isla Talamasa o Ponthey, un árbol milagroso que produce un veneno para el que no hay antídoto. Se nos cuenta entonces cómo los judíos lo usaron para tratar de destruir a todos los cristianos, lo que explica el brote de peste de 1348<sup>68</sup>.

Pero no todos los pueblos catalogados como malvados tienen una filiación judía. Es el caso de la paradisíaca fortaleza del malvado

<sup>66</sup> “Desde allí, caminando durante muchas jornadas, se llega al reino del Preste Juan, gran emperador de la India, cuyo reino se llama la isla de Pentersona”. Cap. XXX, p. 243.

<sup>67</sup> “Existe una profecía que dice que, cuando venga el tiempo del Anticristo, saldrán todos los judíos y arremeterán contra los cristianos en una gran masacre”. Cap. XXX, p. 242.

<sup>68</sup> “Hace muchos años, los judíos fueron en busca de ese veneno para matar a toda la cristiandad, como yo les he oído confesar al morir, pero fracasaron en el intento, aunque mataron a mucha gente cristiana”. Cap. XXIII, p. 202.

Gathalonabes (el jeque de las montañas), que llegó a crear un ejército de asesinos a los que prometía un lugar aún más maravilloso si morían en la batalla luchando contra sus enemigos<sup>69</sup>. Otro tanto ocurre con el valle demoníaco en cuyos alrededores habitan pueblos crueles y extraños entre los que pueden encontrarse animales igualmente feroces, como los cocodrilos u otros seres fantásticos que aparecen abundantemente en la literatura de la época<sup>70</sup>.

La mención a los seres fantásticos o monstruosos nos permite consignar otro grupo de leyendas de corte absolutamente medieval en las que se atribuyen a los mismos propiedades extraordinarias. Tal vez la más célebre sea la mujer que, fecundada cuando ya había muerto y estaba sepultada, engendró una cabeza monstruosa que destruyó con su mirada la ciudad de Satalia, entre Rodas y Chipre<sup>71</sup>. De gran trascendencia, por cuanto sirve para explicar asuntos tan relevantes para la sociedad medieval como la decadencia del reino de Armenia e incluso la caída de la Orden del Temple, debemos señalar la leyenda del Castillo del Gavilán, donde el rey de Armenia cayó en desgracia al solicitar de un hada el deseo de poseer su cuerpo tras superar una difícil prueba. Ante semejante atrevimiento, el hada le otorgó el don de que tanto él como sus descendientes vivirían siempre en guerra<sup>72</sup>.

Otros monstruos que salpican las páginas del *Libro de las Maravillas* y que están adornados igualmente con características peculiares, podrían ser las Serpientes de Sicilia, que detectan cuándo un niño es bastardo<sup>73</sup>, el extraño personaje que se le aparece a un ermitaño para pedirle que rece por él, y que tenía la mitad inferior de macho cabrío y la superior de ser humano<sup>74</sup>, o los ya referidos esciopodas.

Para terminar con el repaso de los mitos creados durante la Edad Media y que tienen reflejo en la obra de Mandeville, citaremos algunos ejemplos de elementos de la naturaleza con capacidad para obrar milagros y curaciones. El caso más importante es el del conocido árbol seco, en el monte de Mambré, cerca de Hebrón, del que se dice que recobrará la vida cuando un príncipe de Occidente conquiste Tierra Santa y haga cantar una misa bajo él. Aunque seco, se le atribuían propiedades curativas<sup>75</sup>. Más extravagante resulta el caso de los diamantes de las Indias, sobre los que Mandeville nos explica que algunos son machos y hembras al mismo tiempo, engendrando gracias al rocío de mayo. Explica que los diamantes hay que llevarlos en la parte izquierda del cuerpo para que sus propiedades y virtudes hagan efecto<sup>76</sup>. Por fin, y como modelo de la imaginación popular a la hora de explicar la presencia en la naturaleza de elementos cotidianos, nos referiremos al supuesto origen de las rosas. Mandeville asume el origen milagroso de esta flor común, refiriendo la historia de una doncella acusada de fornicar y condenada a la hoguera que, en

<sup>69</sup> Mandeville recupera la historia de la fortaleza de la Secta de los Asesinos en el Mar Caspio, pues había pasado cerca de un siglo desde que ésta fuera destruida por los mongoles en 1253. Cap. XXXI, p. 248-249.

<sup>70</sup> Cap. XXXII, pp. 249-251.

<sup>71</sup> Cap. VI, p. 106. El tema de la Muerte y la Doncella lo encontramos por primera vez en el *De nugis* de Gautier Map (siglo XII). Se repetiría después varias veces durante el Romanticismo en autores como Espronceda, Novalis o Wolff.

<sup>72</sup> Cap. XVIII, pp. 177.

<sup>73</sup> “También se encuentra en esa isla una especie de serpientes con las cuales se prueba si los niños son legítimos o bastardos. Si los niños han nacido de una unión regular, la sierpe los rodea sin hacerles ningún daño, pero si son bastardos, los muerde y mueren envenenados; muchos hombres casados buscan de este modo saber si sus hijos son suyos de verdad”. Cap. IX, p. 121.

<sup>74</sup> Cap. VIII, p. 117.

<sup>75</sup> “Pese a estar seco y sin ramas, conserva grandes virtudes. El que lleve algún trozo de corteza quedará preservado de la epilepsia y sus caballos nunca tropezarán, además de otras cualidades que lo hacen muy precioso”. Cap. X, p. 129.

<sup>76</sup> Cap. XIX, pp. 183-185.

el momento en que iba a ser devorada por las llamas, pidió a Dios que protegiera su inocencia. Así se transformó la hoguera en rosas, origen de esta especie vegetal<sup>77</sup>.

---

<sup>77</sup> Cap. X, p. 129. No parece que esta leyenda esté recogida en ninguna otra parte, por lo que lo más probable es que Mandeville la obtuviera de alguna tradición oral.